

nuestros niños sonó á su oído la cajita de música que llevaba para él.

Alegría dolorosa, desgarradora, fué la suya. Agitó en alto los bracitos nudosos y enjutos, iluminó su rostro como con una carcajada de ira, y empezó á brincotear. Luego, cuando se cansó, se acercó más á nosotros, nos palpó bien y cuando supo dónde teníamos el cuello, se abrazó á él con una ansia de opresión que nos dió escalofríos. Parecía un sediento de cariño abalanzándose á un raudal de afectos.

Matronas virtuosas que gastáis la sedeña blandura de vuestras rodillas en las baldosas de los templos; caballeros piadosos que edificáis con vuestra devoción en misas y sermones; obreros extraviados que reclamáis derechos con voz aguardentosa y que incubáis tal vez los hijos de la degeneración alcohólica: escépticos taciturnos que encerráis en claustros de indiferencia vuestros desencantos; cuando queráis mojar lo que muchos de vosotros llamáis alma en la frescura de un renacimiento, id á los asilos de la desventura. Llevad también á vuestros hijos para enseñarles el evangelio de la fraternidad.

Amargos de verdad Las gentes que andan enredadas en el negocio de la tonsura y del manteo, pescan todavía con abundancia aun en las corrientes de la incredulidad de la época presente. Los *turnos* religiosos se suceden con éxito asombroso y con frecuencia que irrita, y las arcas de los templos rebosan bienestar cuando á muchos falta ya el pan de todos los días.

Las escuelas, en cambio, sufren la anemia económica que tiene postradas tantas energías; los niños pobres se quedan sin obsequios en la nochebuena; y los asilos de refugio para el residuo humano vegetan casi sin otro esplendor que el del empeño laudable de sus esforzados sostenedores.

Las escuelas, sobre todo, no tienen ni siquiera el amparo de todos los que en ellas debieran haber puesto sus mayores intereses. Nos referimos con pesar á los maestros.

Una dolorosa experiencia, nos obligó á retirar de nuestro pensamiento la cimera de ensueños que en honor de ese apostolado del magisterio en Costa Rica, más de una vez hubimos de agitar con reverencia.

Descartando á una docena—no todos de la ciudad—que quieren con cariño de verdad la función que anda en sus manos, la maestrería costarricense no es sino uno de los ramos de la empleomanía que devora á estos países nacidos del oficialismo, del claustro y del toreo.

Así se explica el lamentable fracaso de las ferias para el sostenimiento de los planteles de enseñanza, á la par de ese auge con que los *turnos* de iglesia patrocinados por el Ministerio de Instrucción Pública, levantan aún antenosotros la barrera del misticismo.

Y es de tal modo abrumadora la realidad de este desastre, que muchas de las pobres *educadoras* que conceptuaron humillante y desdoroso pedir para su escuela, allá van en las ferias religiosas casi metiendo la mano de su coquetería en los bolsillos de los concurrentes.

Llegará, pues, el Gobierno á justificar el desdén y la grosería con que trata á esos *empleados* de su departamento de instrucción pública, entre los cuales nuestra buena voluntad siempre candorosa encontró á las veces servilismos, envidias, vanidades, arrogancias inoportunas, egoísmos y concupiscencias?

La lealtad nos obliga á declarar en esta vez, que efectivamente cada uno es árbitro de su propia suerte y que nadie puede quejarse con derecho de la falta de consideración que no supo inspirar.

Amarga es, indudablemente, la verdad. Pero el deber y el amor nos fuerzan á decirla.

La dentellada Ya sabíamos de antemano que nos aguardaba en la esquina la dentellada del obrero mal contento de su condi-